3 1761 09545262 9

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/poemasmgicosydol00jimn

3

POEMAS
MÁGICOS Y DOLIENTES

OBRAS DEL POETA

PENUMBRA.—*Ninfeas, Sonetos románticos, Romances ingénuos, Oraciones.*

RIMAS DE SOMBRA.—*Paisajes de la vida, Primavera y sentimiento, Paisajes del corazón.*—Agotada.

ARIAS TRISTES.—*Arias otoñales, Nocturnos, Recuerdos sentimentales.*—Agotada.

JARDINES LEJANOS.—*Jardines galantes, Jardines místicos, Jardines dolientes.*—Agotada.

PALABRAS ROMANTICAS.—*Palabras románticas, Otras palabras románticas, Otras palabras románticas.*

PASTORALES.—*La tristeza del campo, El valle, La estrella del pastor.*

OLVIDANZAS.—*Las hojas verdes, Las rosas de septiembre, El libro de los títulos, Versos accidentales.*

COMENTARIO SENTIMENTAL.

BALADAS DE PRIMAVERA.—*Baladas de primavera, Platero y yo, Otoño amarillo.*

ELEGIAS.—*Elegías puras, Elegías intermedias, Elegías lamentables.*

IDEAS LIRICAS.—*Ideas líricas, Acotaciones, Notas.*

LA SOLEDAD SONORA.—*La soledad sonora, La flauta y el arroyo, Rosas de cada día.*

PAISAJES LIRICOS.—*Paisajes líricos, Paisajes sensuales,* Esquisses.

BALADAS PARA DESPUES.

POEMAS MAGICOS Y DOLIENTES.—*Poemas mágicos y dolientes, Ruinas, Francina en el jardín, Marinas de ensueño, Estampas, Perfume y nostalgia.*

ARTE MENOR.

LABERINTO.

POEMAS AGRESTES.

MELANCOLIA.

POEMAS IMPERSONALES.

DIALOGOS.

ESTO.

LS
J616p

JUAN R. JIMÉNEZ

POEMAS
MÁGICOS Y DOLIENTES

POEMAS MAGICOS Y DOLIENTES—RUINAS
FRANCINA EN EL JARDIN—MARINAS DE ENSUEÑO
ESTAMPAS—PERFUME Y NOSTALGIA

— 1909 —

321110
12.11.35

MADRID
1911

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID.—Tip. de la "Revista de Archivos", Olózaga, 1.

A

ALBERT SAMAIN

EN EL CIELO DE CITERES

DEDICATORIA

A LA POESÍA

Divina Poesía, tú sola me sostienes!
Negros, sangrientos, trágicos, me asaltan los instantes...
pero tú entonces vienes
y me regalas tu corona de diamantes!

Como mujer curiosa, recorro con los ojos
y con las manos la celeste pedrería...
oh, cómo, entre mis rojos
duelos, fulge la policroma fantasía!

Luego, cual en un blando amanecer de mayo,
un rocío de gracia dentro del alma llora...
Apolo da su rayo,
y en diamantes y en lágrimas tiembla la nueva aurora...

Divina Poesía, tú sola me sostienes!
Negros, sangrientos, trágicos, me asaltan los instantes...
pero tú siempre vienes
á regalarme tu corona de diamantes!

13

POEMAS MÁGICOS Y DOLIENTES

A

J. RUIZ-CASTILLO

PROFUNDO ESPECTADOR DEL ARTE

I

OTOÑO

Otoño, triste príncipe
de ojos celestes y cabellos áureos,
todo vestido de brocado negro,
con hojas amarillas en las manos...

Músicas melancólicas
aprendes en tus parques; el ocaso
te da una letra vaga y soñolienta
para la melodía de tus cánticos.

Luego, mudo, penetras
en los rojos salones del palacio,
y el viejo clavicordio ríe y llora
bajo la magia de tus dedos pálidos...

II

LA LUNA VELADA

Eres una mujer desnuda, ó eres
una sombra en el agua?
Tus velos verdes, malvas, rosas, grises,
velan un sexo, velan
un rostro ó una espalda?
Reina loca, magnolia mustia, diosa
triste, doncella muda y pálida!

Se te derraman, entre sueños,
divinas rosas castas?
es leche de tus pechos?

son cabellos? nostalgias?
el esplendor, acaso, de una tumba
donde yace tu carne fría y plata?

Eres ceniza? anhelo
mío? tú estás por mí creada
y alumbras sólo el mundo
de mi frente romántica?
ó eres alguna isla de dementes?
ó alguna mariposa malva?

Sobre tu claridad marchita
las dulces nubes pasan...
es que sobre el jardín,
como una virgen lujuriosa, danzas?
te cubres? te desnudas?
me desdeñas? me llamas?
es que te velas de muda inocencia?
es que me muestras tus delicias cándidas?

No sé si tienes boca,
pero á mí tú me hablas;
no sé si tienes ojos,

pero yo llevo en mi alma tus miradas;
no sé si tienes manos,
pero yo siento tus caricias blancas!

...Eres una mujer desnuda, ó eres
una sombra en el agua?

III

JARDIN EN EL ESPEJO

Aranjuez, Sevilla, La Granja...

En el espejo lívido, el jardín
copia sus grandes frondas amarillas;
el cielo azul es más divino en él,
en él se ríen pájaros y brisas.

Y la rica moldura de oro antiguo
pone al cuadro de luz descolorida,
un marco de ilusión, pálido, triste,
lleno de realeza y fantasía...

Jardín en el cristal; ventana abierta
á otros parques; beldad no conocida,
que eres el norte para el sur, el este
para el oeste; falsa maravilla!

hiendes la dura lobreguez del muro
y vas á dar á una esperanza lírica
la plenitud de música y de amor
de tus inciertas frondas amarillas...

Después, la tarde cae... Y el crepúsculo
leve, sedoso, en el espejo pinta
un paisaje más dulce que el paisaje,
un adiós más eterno que el del día!

IV

LANGUIDEZ

Oh, qué cansancio,
amigos, qué cansancio!
Hasta el libro de oro
se me cae de la mano,
hasta las rosas del jardín
me hastían de colores y de bálsamos...

Tarde triste y nublada,
hermana de tu hermano,
eres eterna como su dolor?

su corazón, tu sol, se irán cerrados
á la tumba, sin una
aurora que los dore de entusiasmo?

Van á volar, y vuelven
á su nido mis pájaros;
mis ojos van á abrirse,
y se cierran de nuevo; y es tan lánguido
mi soñar, que los sueños se me rompen
en un parque sin forma y sin contagio...

Oh, vago laberinto
de mi alma! senderos desandados
á poco de partir, fuente dejada
con su cantar sin vida y sin encanto!

...Hasta el libro de oro
se me cae de la mano!

V

PARQUE VIEJO

Todo crece al descuido: los evónimos
sin talar, que se miran en el légamo
verdeluz; los rosales, cuyas rosas
cuelgan de los cipreses verdinegros...

El sol doliente vaga por el laberinto
como un príncipe enfermo;
hay finas telarañas irisadas
de rosa á rosa; el viento
juega con los jazmines
dorados, que se mustian
en la hierba que borra los senderos.

Qué esencia penetrante
de fragancias podridas!
Entreabierto
está el jardín, y nadie sale, como
si fuera un cementerio.

Oh, mustias sedas claras! oh, rosales
que perfumasteis tanto rojo y fresco beso!
oh, antiguo cielo azul,
el mismo de los días que murieron!
oh, verja que una mano
abrió, para que entrara el niño ciego!

La tarde cae... Malva
y amarillo es el cielo...
rásganse azules flores olvidadas,
cenizas por la plata de los sueños...
el mirlo, bufo, silba,
el lago negro tiene un suspirar secreto...
Por la pradera verde, la hora dulce
huye, soñando, sin rozar el suelo...

VI

TARDE CLARA

Nubes de luz viajan hacia el norte,
robándole á la magia del ocaso
pensamientos de oro, rosas líricas,
ensueños encendidos y nostálgicos.

El mar brilla á lo lejos. Y en la tarde
de fiesta, azul, y pura, y sin cansancio,
el corazón se va sobre las nubes
por senderos divinos y dorados...

Huele á flores recientes; tiene el aire
un hervor musical de timbres áureos,
frescor de carne nueva, de verdores
y cristales de fuentes y de prados.

Y el Amor, como un dios, pasa desnudo,
entre el prodigio celestial, llevando
una ilusión de mundos siempre jóvenes
en las estampas de sus ojos claros.

VII

PRIMAVERA AMARILLA

Abril galán venía, todo
lleno de flores amarillas...
amarillo el arroyo,
amarilla la senda, la colina,
el cementerio de los niños,
el huerto aquel donde el amor vivía!

El sol ungía el mundo de amarillo
con sus luces caídas;
oh, por los lirios áureos,
el agua clara, tibia!
las amarillas mariposas
sobre las rosas amarillas!

Guirnaldas amarillas escalaban
los árboles; el día
era una gracia perfumada de oro
en un dorado despertar de vida...
Entre los huesos de los muertos,
abría Dios sus manos amarillas.

VIII

HORA DE INVIERNO ANDALUZ

El agua tiene frío, tienen frío
las vagas celestillas de la fuente;
orillas de dolor, cauces de niebla,
llevan las sendas á un soñar celeste.

Está la tarde lívida, lo mismo
que una débil mejilla adolescente;
habla el silencio, con su voz de idilio,
de enlutados cabellos de mujeres...

Los surtidores rotos por el viento
hacen jardines vagamente verdes,
aderezos de plata y de diamantes,
agujas frías de irisada nieve.

Y entre la ramazón de humo y de ensueño,
se muere un cielo malva de poniente,
y los mirlos se van, y van cayendo
las hojas amarillas sobre el césped...

IX

MAR DE PASCUA

MAÑANA azul. El mar,
sereno, tiembla.
Claridades de platas y de rosas
tienen los horizontes. Primavera.

La playa en paz. Los barcos están solos;
por las plegadas velas
los pájaros marinos

graznando dulcemente, vuelan...
las claras ondas lamen
la quilla, con blandura mañanera...

Marinero que bebes
en la fiesta de tierra,
mira tu alegre barca
cargada de tritones y sirenas!

Sabe la brisa á espuma y sol.
Claridades violetas
tienen los horizontes despejados
de la mañana lírica, mañana
azul de Pascua y primavera...

X

ORGANILLO

Organillo en el sol,
oh, cállate, organillo!
deja dormir sobre mis sauces mustios
la bandada doliente de suspiros.

No llame á la nostalgia
tu música de luz; mira el antiguo
dolor del corazón junto á la tumba
de aquel amor romántico y marchito.

Azul está la tarde,
el sol es de oro lírico...
Organillo en el sol,
oh, cállate, organillo!

XI

CAMPO DE AGOSTO

Bajo la enorme soledad del cielo,
en la infinita sequedad del campo,
cuelgan, riendo, de los viejos troncos,
frescos verdores, frutos regalados.

Dulce es la sombra, lírica, con música
suave de arroyuelos y de pájaros...
la sangre está, carmín y palpitante,
en la apretada guinda de los labios.

Y el Amor, azul, blanco, adolescente,
tiene en los ojos de oro encandilado
una visión profunda de horizontes
abiertos, visionarios y lejanos...

XII

SOL DE AÑO NUEVO

Un adieu rose flotte au front des monuments...
A. SAMAIN.

NUESTRO Señor ha dado
un sol rosa á su cielo azul. El viento
es dulce, y el poniente
se abre como un jardín. Es año nuevo!

Nevará en la memoria,
fríos serán y tristes los recuerdos,
habrá, por las praderas de la mente,

un viejo cementerio...
La tarde huele bien, y tiene el alma
paz de alegría y música de ensueños.

Un adiós largo y rosa
yerra en la frente de los monumentos...
será un mar quieto y malva,
un vergel de luceros,
será un hogar celeste y amarillo
con niños blancos junto al fuego...

Campanas soñolientas...
se ha echado, suave, el viento...
sólo resta esperar a las estrellas
bajo el azul sereno...
El corazón está
como un rosal sin nieve. Es año nuevo!

XIII

PAISAJE IDEAL

PAISAJE sin ruidos, donde el alma
escuche el canto de oro del poniente,
donde las mariposas amarillas
vuelen entre las calles verdes...

Donde todo, inflamado, se extasíe,
cual una inspiración; donde las fuentes
escuchen los matices
de las flores celestes...

Paisaje como un sueño, que recoja
en sí un tesoro de lucientes
músicas, de colores inefables,
de esencias indelebles...

Que tenga el alma como un niño
fantástico... Paisaje fuerte y débil,
lleno de los encantos
de todas las mujeres...
Sin mujeres...

XIV

NOSTALGIA

NOSTALGIA, bajo el cielo azul con sol,
de esta tarde de oro y primavera!
nostalgia de otras torres, de otros ríos,
de otros jardines verdes!

La belleza
me inunda de divinas armonías,
y siento en mi alma, arruinada y seca,
un florecer de rosas inmortales,
un preludiar de músicas eternas...

He de hundirme en la nada. Silenciosos
vientos de olvido y de dolor me llevan...
Y se abrirán, divinamente claros,
los nuevos días en las tierras viejas!

XV

LA FLOR FUERTE

Roja flor de salud,
tibia y fuerte en el viento,
embriagadora de los días crudos
y pálidos, de invierno!

De roca, entre lo verde,
ni una hoja se cae de tu pecho,
ni se te dobla el tallo,
ni se te va, porque te quiten tanta,
la gracia perfumada de tu aliento...

Verde está mi jardín,
reina en mi alma el invierno...
Quién fuera como tú,
rojo y fuerte en el viento!

XVI

JARDIN CONFUSO

Cómo resuena el rojo reir del mirlo
por el jardín abandonado! Tiene
cual un grito de músicas irónicas
sobre el desierto laberinto verde.

El cielo es aún azul; el viento acecha;
y hay en la voz del pájaro estridente
una traición de nieves y huracanes
para el árbol frondoso que lo mece.

Mi corazón palpita... Confusiones
y trastornos de cosas que se tuercen!
idealidades de oro, glorias líricas,
cerca del poderío de la muerte!

XVII

ISLA DESIERTA

Estampa imaginaria.

Las hojas verdes juegan blandamente
sobre la roja arena;
un río azul de plata
viene, charlando, hasta la mar en fiesta.

Es cual una nostalgia de mujeres
que han huído... se queja
el aire, como si llevara
antiguos ecos de palabras muertas...

—El aire trae la liviana risa
de alguna reina negra?
un príncipe encantado,
entre los loros, vuela?—

Mañana clara. Trina
la lira de la primavera...
el mar alegre y blanco
mece un sol hecho agua; y hay esencias
de frutas tropicales, y chuparrosas de oro,
azules, negros, granas,
por la metálica enramada juegan...

Y mecen su frescor las hojas verdes
sobre la roja arena;
y un río azul de plata
llega, cantando, hasta la mar en fiesta.

XVIII

LAS HOJAS SECAS

Verdeluz es el agua donde sueñan,
tristes de sol, las hojas amarillas;
áureo es el aire azul en que se caen,
gualdos son los senderos que tapizan.

Todo es en ellas de oro: la nostalgia
fúnebre de los soles de otros días,
cuando nacieron verdes, y los pájaros
en su cuna, cantando, se mecían;

el retorno de aquellas vagas tardes
inextinguibles del estío, líricas,
fragantes, lujuriosas, con las sales
del mar caliente en las doradas brisas...

Divinas hojas secas, de dónde es
el oro que las almas idealiza,
ese dolor de luz que enciende la hora
mágica de las largas agonías?

Por qué se inflama en oro la tristeza
cuando, frente á las tardes infinitas,
el alma sueña sobre las terrazas
con días falsos de imposibles vidas?

... El ocaso es de oro, de oro el fondo
del corazón, de oro la fantasía,
verdeoro es el agua donde sueñan
las hojas secas, negras y amarillas...

XIX

CAMPO AZUL Y AMARILLO

Tarde de ensueños. Rueda
por el azul un sol descolorido,
no sé si alegre ó triste,
irisado de anhelos y suspiros...
Hay sonrisas marchitas y lejanas,
jardines grandes, rojo sur, divinos
encantamientos de placer, ciudades
de ilusión, quietas, áureas!

Organillo,
no suenes más...

No inundes el verdor
de este campo florido,
con la melancolía desolada
de tus agrios y falsos estribillos!
no me abras más ocasos!
déjame con las flores, con el tibio
césped al sol, con el arroyo claro,
con la aldea, conmigo...

Y tú, mano del sueño,
recoge las bandadas; que el tranquilo
crepúsculo no tenga más misterios
que los suyos; que el mío
sea claro, tibio, quieto, perfumado,
como el agua, la hierba, el valle, el aire
de este campo florido...

... Rueda por el azul
un sol dulce, amarillo,
no sé si alegre ó triste,
irisado de anhelos y suspiros...

XX

JARDIN CARNAL

... dont le parfum opulent me revient...
VERLAINE.

QUÉ quieto está el jardín,
qué quieto y qué celeste!
las margaritas blancas y las rosas
blancas, entre lo verde,
me hablan, con sus estrellas y sus rasos,
de cosas que se fueron para siempre!

Desnuda y cruda, como
una luna, opulenta de placeres,
jugaba con sus manos
en el agua tranquila de la fuente;

no por coger el cielo,
no por bajar á un fondo de vergeles...
—era sólo de carne, como una dalia blanca,
un ramo de frescura y de desdenes.—

Me clavó el corazón
con su mirada azul... Eternamente,
mi corazón, que reposó en sus muslos
blandos, entre lo verde,
se desangra, latiendo para ella,
por el jardín celeste.

Lucero, cielo malva,
agua tranquila de la fuente;
apareced de nuevo ante mi vida,
como el preludio vago é indeleble
de aquellas tardes, llenas
de cosas que se fueron para siempre!

XXI

PAISAJE A LO BÖCKLIN

VASTA es la selva y verde, bajo el sol
inmenso y transparente del estío;
á la sombra morada de sus árboles
el agua fría ríe por los riscos.

Hay blandos prados, regios de amarillas
flores, y nubes de cristal y armiño,
que cortan el azul, redondas, quietas,
entre el ramaje lujurioso y lírico.

Y las ninfas, pequeñas en la enorme
suntuosidad del hondo seto umbrío,
funden, livianamente, con el agua
su tembladora desnudez de idilio.

XXII

LUNA DE OTOÑO

La luna va, amarilla y soñolienta,
envuelta en tules mágicos,
sobre las blancas rosas
de mi jardín antiguo y solitario.

Una armonía de cansadas luces
derrama, dulce, en los rosales blancos,
que entreabren hacia ella
sus angélicos cálices de raso...
una armonía triste
de roces vaporosos y fantásticos.

El viento hace pasar velos de plata
velos celestes, velos nacarados,
ante su opaca desnudez marchita,
perlada de suspiros y de llantos...
y el jardín, como ella,
es de plata, ó celeste, ó nacarado...

Oh, esencia de mis rosas á la luna!
olor á luna entre rosales blancos!
olor á corazón que nunca olvida,
sin nombre, como una
rosa alumbrada de un rosal romántico!

La luna va, amarilla y soñolienta,
envuelta en tules mágicos,
sobre las blancas rosas
de mi jardín antiguo y solitario.

XXIII

CIUDADES DE ILUSION

Son tardes claras, nítidas, azules,
tardes de soledad y primavera;
bajo el cenit de luminoso esmalte,
rosas de oro, las ciudades sueñan...

Cúpulas, torres; frentes pensativas
é inflamadas, de mármol y de piedra!
suntuosidad de aspectos inmortales!
la fama, el sol, la vida azul y eterna!

El alma es un efluvio hacia las cimas,
y, en su nostalgia lírica, quisiera
envolverlas, lo mismo que un poniente,
en una gloria formidable y ciega.

... Una tumba escondida entre geranios,
un corazón que brote verde hierba...
y las ciudades seguirán soñando,
primaverales, cálidas, espléndidas.

XXIV

MADRIGAL DE AUSENCIA

Flor blanca, tibia al sol,
música de mi alma,
adónde miran los dos ojos negros
de aquella cara iluminada y pálida?

Tus raíces están
en mi vida clavadas;
cada vez que te alejas, siento, rosa,
que se me parten las entrañas!

No me dejes la noche,
acércate á mí... Blanca
sea la pesadilla de mi vida,
luminosa, serena y aromada!

RUINAS

A

RAFAEL LEYDA

QUE LLENABA DE ROSAS MI PRIMERA SOLEDAD

I

Se sueña bien... La paz, en un hogar tranquilo
que dé sobre un jardín... el otoño... el poniente...
el fluir de los versos constantes, en un hilo
puro, claro, irisado, como un hilo de fuente...

Nadie ...ni voz, ni voto... La soledad sonora,
plena de ritmos de oro y de muda elocuencia;
escuchar lo ignorado, lo nuevo, hora tras hora,
en una dulce y perfumada negligencia...

Pero caerá la noche vaga y entristecida,
llena de rostros con miradas de amargura...
Entonces, soledad, qué me dará la vida
hueca con el hastío de la literatura?

II

Al claro azul del día le pongo luz de estrella,
y la luna es mi sol, y mi amor, y mi guía;
cada vez que la vida me tiende una flor bella,
la corto con la daga de la melancolía.

He vuelto, tristemente, los ojos á las manos
que me ofrecieron rojos y ardientes corazones;
mis oídos se abren á los ecos lejanos,
huyo cuando se acercan, cínicas, las pasiones...

Mi paisaje es mi alma, y mi hogar es mi pena;
y moro en un vergel cerrado y melodioso,
como una embalsamada y cándida azucena
que el profano desdeña y respira el piadoso...

III

IGUAL que un niño loco, entre rosales, canto,
mirando al cielo azul, canciones sin sentido;
el ritmo es de abandono y la rima de llanto,
hablan de sed, de viento, de ceniza y de olvido...

Dulces niñas sin nombre, que, al nacer, se perdieron,
con los pies hechos sangre, en no sé qué recodo;
flores sin madre, blancas, que un día se cayeron,
de manos descuidadas, en abismos de lodo...

Música envilecida que no pudo ser pura,
coronas que se hicieron de negror y de espinas,
mariposas de luto, que estelan de amargura
un hastío abrileño de doradas ruínas...

IV

La primavera torna, amarilla de flores,
bañando sus pies blancos en el agua corriente...
al sol de la mañana, reirá á los amores
la alondra, en el romero tibio y resplandeciente.

Alegría de abril, que vas por el sendero,
entre colores, entre fragancias, entre brisas;
en mi alma aterida se ha secado el romero,
ha huído de mi boca la alondra de las risas...

No mirará tu amor en mi paz su belleza,
tus besos no querrán labios que no son rojos,
un velo funeral ha puesto la tristeza
entre tu sol dorado y el tedio de mis ojos!

V

Toda la ruta vine llorando mi infortunio,
ciego á lo que dictaban á mi melancolía
la maravilla del nublado plenilunio,
Apolo entre su sangre, radiante de armonía!

Cándidas rosas vírgenes, tibias de sol de oro!
... su obligación, lo saben, es estar siempre bellas,
ungir de esencia el rayo de sol, dar un tesoro
blanco al paisaje de agua...

Señor de las estrellas,
que, á la desilusión de una nube de sombra,
guardas tu aroma dentro de una mueca doliente;
carne meditabunda; este rosal te nombra,
del blanco de oro al de agua, el nombre de tu frente.

VI

Qué no tiene un tesoro de nostalgia, de vida,
de ilusión? Oh, este campo, esta humilde ribera,
abiertos á la tarde suave y encendida,
dorados de románticos soles de primavera!

En todas partes vibra un corazón latente
que ofrece el fruto ópimo y el resplandor eterno;
este es el más allá del ocaso doliente
y la trasalegría de los cielos de invierno.

Son las mismas estampas. El lejano horizonte
nunca se acaba... Y hay, para cada destino,
un reguero de luces, un fantástico monte,
una rosa de oro al volver el camino.

VII

... el plectro amado
y del vuelo las alas he quebrado.
FRAY LUIS DE LEÓN

Yo solo soy culpable de todo este fracaso;
atavié de luto mi ramo de colores,
y vi, al fin, ruinoso, con espinas, un caso
como este, radiante de ilusión y de flores!

Creí que la fragancia, el matiz, la armonía,
en su virtud tuvieran defensa para todo...
no; la ilusión fué vana; la misma poesía
se envilece, si el plectro toca rosas de lodo.

El fénix vino á tierra, tinta el ala de plata
en su sangre, alimento del dolor y del vicio...
cómo su ojo divino, tras el velo escarlata,
te mira, cielo azul, desde su precipicio!

VIII

TANTA ilusión de tantas cosas, contenida
en un jazmín de vidrio, embalsamado y frágil!
está rota la música de oro de mi vida,
cae, rendido, el brazo, la pierna ya no es ágil.

¡Cómo vuela la dicha? Carne mía, si fueras
alegre y firme, y. cual el sol de la mañana,
sobre la hierba en flor de los prados, pudieras
correr detrás del mármol desnudo de Diana!

Mas no. Sin fuerzas, has de aguardar que el amor
te traiga hasta los labios sus risas melodiosas,
con la sola esperanza, para luz del dolor,
de una quietud más fría, debajo de las rosas...

•

IX

Impenetrable es tu frente, cual un muro!
Tan cerca de los ojos, cómo retiene preso
tu pensamiento? cómo su recinto es obscuro
bajo el cabello de oro, sobre el radiante beso?

Con la movilidad mágica de tus ojos,
la fijeza de dardo de los míos esquivas;
á veces, brillan dentro como ponientes rojos,
á veces, como rápidas estrellas pensativas...

Mujer; que yo lo vea! Libra de sus penosas dudas á esta constante nostalgia de mis penas; quiero saber si tu alma es un jardín de rosas, ó un pozo verde, con serpientes y cadenas!

X

Las fuentes del jardín han dicho: primavera!
y tú, alma mía, bajas melancólica y pálida...
oh, rosas de salud! oh, alegría!... oh, quimera!
mañana azul de oro, embelesada y cálida!

...En el pino, en el alma, se reiría un bando,
chillón y fresco, de pájaros matinales...
la pompa de mi anhelo bajaría, soñando,
por las escalinatas cubiertas de rosales...

Sangre roja! Dios mío! quién pudiera ser fuerte!
pobre alma, si tú estuvieras florida...
si la alborada fuese la llave de la muerte,
y la alondra me hablara del amor, de la vida!

XI

Sólo resta la muerte. Y el recuerdo no es nada!
—Primavera, qué cantas á la hoja caída?—
Ved todo mi tesoro: una tumba cerrada...
lo demás—ilusión y color,—es la vida!

Tornará cada abril á enjoyar los jardines,
el agua azul reirá á las quemadas rosas,
una opulencia cálida de sensuales festines
colmará las ventanas de estampas voluptuosas...

Y en el ambiente claro flotará lo marchito,
entre un desdén de bocas palpitantes de amores,
de los que no encontraron el amor infinito
antes de ser un pasto de gusanos y flores...

XII

Todo el campo de abril entra por mi ventana
en una inundación de trinos y frescores,
el mar vibra á lo lejos, repica la campana,
por todos los senderos se va á un valle de flores...

Una bruma celeste rueda por la pradera
en nubes que el sol vivo enjoya de diamantes...
cuando el aire se queda limpio, la primavera
luce, como un esmalte de colores brillantes...

Y el pobre corazón que fué pájaro y rosa,
partido el cristal de su voz, y deshojado,
revolotea, mudo, como una mariposa
de oro y de luto en un cementerio cerrado...

XIII

Bienestar de ambrosía me regaló tu boca,
eras faro á la nave de mi melancolía...
después te hicieron mala, ó te volviste loca,
ó te mataron, ó... en fin, no fuiste mía...

Tus brazos habrán sido guirnalda de blancura
de otros brazos de hombre; tu corazón, tesoro
abierto; huerto franco tu pálida escultura;
agrio pregón tu voz, cristal de plata y oro...

Mirada codiciosa, obscura, enamorada,
de una hora de lluvia!
—Te acuerdas? los cristales
tenían un jardín velado, y la callada
tarde pensaba en malvas y en grises otoñales...

XIV

En la desolación de mi negra fortuna,
como un niño sin madre, solloza la belleza...
La noche es inmortal... Oro y lirios, la luna
me inunda de cenizas la sangre y la tristeza.

Oh, qué amarga desidia para todas las cosas!
qué lamento de sombra y qué llanto de cieno!
...cuando te engalanaban las más divinas rosas,
te manchaste, alma mía, con un amor obsceno...

Amor burdo, que ríe de la gracia indecible!
que si le hablo del sueño, cubre lo que en mí sueña
con carne! amor de estío, obstinado y posible,
obtuso como el plomo, duro como la peña!

XV

Mayo.

Este puñado de oro que da la primavera,
no es para mí? Cristiana, tú que vienes de misa,
llenas, con tu frescor sensual, de olor á cera
el dulce regocijo del sol y de la brisa.

En la salud alegre de tu espiritualismo,
habrás sabido el suave sentimiento del prado;
á tu serenidad le habrán dicho lo mismo
la voz de la campana y el aire embalsamado...

Primavera! Dios mío! si el cielo es para otros,
si la vida no es esta, y las doradas palmas?
y las glorias de amor?... O qué haremos nosotros
los que hemos arruinado los cuerpos y las almas?

XVI

Amor puro, —ojos grandes, voz de cristal divino,—
que dejé atrás, un día, en el sol del sendero!
rosa que pudo ser clave de mi destino!
armonía de plata! claridad de lucero!

Se asomó el desvarío á un lodazal de vicio...
y mi alma, que fué hecha para las diosas,
como una piedra inerte, rodó hasta el precipicio,
desordenando estrellas y atropellando rosas!

Por qué se rompe lo mejor de nuestra vida!
qué senda llevará á lo que se perdiera?
en qué rincón de donde, bajo qué azar, dormida,
aguarda eternamente la mujer verdadera!

XVII

QUÉ caro me has costado, placer! Ah, quién pudiera
no comprarte! Por qué te vistes de oro, cieno?
tú, que un instante esparces olor de primavera,
y después, para siempre, tristeza de veneno!

Gran señor debes ser, sin duda, ya que tanto
puedes sobre las almas que mueren por servirte;
príncipe que mantienes, entre mares de espanto,
verde y en flor de sol, la traidora sirte!

Me engañas, y te creo; me hieres, y te adoro!
y, cuando se marchitan los agrios oropeles,
mientras, como un jacinto de seda rota, lloro,
te vas, entre una burla de alegres cascabeles!

XVIII

Ya, ni los libros, ni los rosales,... ni el alma!
me sirven de refugio de la melancolía!
cállate, ocaso suave!... qué me vale esta calma
de oro, con el aroma de la muerte del día?

Cuán grato me era, enantes, ahogar entre las rosas,
ó entre los versos, ó entre el ensueño, los desdenes!
con qué dulzura ornaban las tardes suntuosas
la dolorida pesadumbre de mis sienes!

Hoy, cuando el incesante limar de la tristeza,
ha dejado mi abril seco como el invierno,
hoja á hoja, amarillo, cae de mi belleza
el anhelo divino de lo puro y lo eterno!

XIX

Qué invasión de tristeza! De dónde vienes, ay!
en esta floreciente y lírica mañana?
entre todas las nuevas ilusiones, no hay
una ilusión humilde que llame á mi ventana?

Siempre serán de otros las rosas reidoras?
no envolverá en su oro mi ideal el camino?
nunca me han de decir el sí de las auroras
los labios desdeñosos y rudos del destino?

Muerto en vida, y por siempre? Y tú ves que me muero,
primavera, y no pones nada en la mano fría
de este pobre que pide al borde del sendero,
en un día de fiesta, de sol y de armonía?

XX

Cómo se ha derrumbado mi vida, poco á poco,
en un trastorno de dolientes primaveras!
Juventud de alas áureas!... fantasías de loco!
Paz, gloria, amor!... quimeras, quimeras y quimeras!

Nadie ha cumplido sus promesas. Todo ha sido
vano como una flor liviana de glicina;
la palabra de plata tuvo un eco de olvido,
la carne aterró en cieno á su hermana divina...

Y en el rojo crepúsculo de esta tarde de viento,
—un viento como aquel que me llevara, aullando,—
rueda, cual una hoja seca, mi pensamiento,
en la senda por donde tornará abril, cantando!

XXI

Tanto ladrido, tanta acritud, tanto cieno!
—oh, silencio de oro! oh, soledad de oro!—
mientras todos se embriagan con gritos de veneno,
yo, flor y ruiseñor, deshojándome, lloro.

Mi fragancia y mi canto son de la paz secreta
donde la voz no llega del diario tumulto;
medroso de la vida, como una violeta,
bajo las dulces ramas de mi alma me oculto...

Rosa blanca inmortal, estrella refulgente,
noche sin algazara, día sin oratoria!
camino inmaculado que vas desde mi frente
á las praderas claras y puras de la gloria!

XXII

Cerca del agua, en un lugar florido...
GARCILASO.

POR la llanura inmensa, sin sombra ni agua, vamos
hacia los horizontes desnudos de la idea;
á cada instante,—trino, fronda, flor,—encontramos.
lejos de todo, firme, quieta, blanca, una aldea...

La serenidad tiende sobre ella un palio eterno,
tiene una fuente clara y una verde pradera,
una montaña para los vientos del invierno,
un río para las tardes de primavera!

Rey de la paz, monarca de espaldas al futuro,
sé cual la llama; ten el corazón abierto
de par en par, oh, tú, que desde lo seguro
sientes pasar á los que van hacia lo incierto!

XXIII

De toda aquella mágica riqueza de ilusiones,
que encerró, como en un palacio, nuestra hazaña.
qué nos resta? veamos: nuestros dos corazones,
un humilde rosal y una pobre cabaña.

Rodó lo deslumbrante, lo altivo, lo sonoro,
cual una catarata de bruma deleznable;
sobre el derrumbamiento—te acuerdas?—brilló el oro
de un crepúsculo inmenso, pacífico, inefable...

No hemos de maldecir del injusto destino;
arreglemos el día y ordenemos las cosas;
abramos de ilusión este nuevo camino
con esta luz de oro, con estas cuatro rosas...

FRANCINA EN EL JARDIN

A

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

CABALLERO DE UN PALACIO DESHABITADO

I

Francina es blanca y dulce, como una rosa blanca
que tuviera el azul en las perlas del agua,
como una violeta blanca que aún recordara
haber vivido enmedio de violetas moradas...

Cuando camina cabe los lirios amarillos,
su sexo, entre las flores pomposas escondido,
parece un lirio de oro, un suave y fino lirio
de oro, con irisaciones de infinito...

Oh, sus pies—nieve, mármol,—por las ocultas sendas
que se van, vagamente, perdidas en la hierba;
oh, sus pechos, sus hombros, su regia cabellera,
sus manos, que acarician la primavera que entra!

II

...rit de la fraîcheur de l'eau

VÍCTOR HUGO.

CON lilas llenas de agua
le golpeé las espaldas.

Y toda su carne blanca
se enjoyó de gotas claras.

Oh, carne mojada y cándida
sobre la arena perlada!

La carne estaba más pálida
entre los rosales granas;

como manzana de plata
fresca de estrellas y escarcha.

...Corría, huyendo del agua,
entre los rosales granas.

Y se reía, fantástica;
la risa se le mojaba...

Con lilas llenas de agua,
corriendo, la golpeaba...

III

Se reía frente al sol
poniente... y sobre las hojas
duras del laurel mojado,
tenía la cara rosa.

Dos ocasos melodiosos
eran sus ojos; su boca
de raso carmín de salvia;
sus dientes de luz sonora.

Y cuando yo me ponía
entre ella y el sol, mi sombra
la hacía blanca, de un blanco
de violeta blanca y sola,

que evocara el malva vago
de las violetas umbrosas,
que aun guárdase un tenue ensueño
de vivir entre las otras...

El sol le alumbraba el fondo
de las cosas misteriosas:
los ojos, el blando nido
del amor, la axila blonda...

Eran rosados sus pechos,
rosas sus piernas redondas,
sus hombros de un rosa suave
sus dulces orejas, rosas...

IV

Hoz de oro, la luna hirió el cielo violeta..

Una brisa nocturna erraba, viva y fresca;
Francina iba desnuda, delicada, opulenta;
su cuerpo blanqueaba con esplendor de estrella;
y, en su nitidez mate,—nardo, jazmín, camelia,—
se apretaba, soñando, contra las rosas bellas.
como si, en sus presagios estivales, quisiera
poner en su alma vaga el alma eterna de ellas...

Hoz de oro, la luna hirió el cielo violeta...

De luna era la fuente, de cielo y de tristeza;
huía la avenida al reino de la niebla;
Francina iba desnuda; los lirios, las violetas
nevaban más, con su morada soñolencia,
la molicie sensual de su frescura egregia;
y miraba, perdidamente, á las estrellas,
y comparaba sus blancuras con la de ella...

Hoz de oro, la luna hirió el cielo violeta...

Oh, en el hondo crepúsculo, Francina y las estrellas!
desnudez de cristal y desnudez de tierra!
Venus caída al mundo, Francina que se queda
prendida, en un anhelo, en el cielo violeta!
...Y un olor esparcido y errante, que recuerda
el olor indecible de un agua que se fuera,
entre rosas sonámbulas, por prados de leyenda...

Hoz de oro, la luna hirió el cielo violeta...

V

Bajo las rosas, el libro
abría una triste página;
el cielo estaba celeste,
la página estaba blanca.

Tu voz distante reía,
como si fuera de plata,
voz de la brisa, del cielo,
de los rosales, del agua.

Y una música de ensueño
tenía presa á mi alma
en su red carnal y aérea
de versos y de nostalgias.

Igual que un jardín de rosas
abiertas, perfumeabas;
rosas abiertas traías,
eran rosas, rosas blancas!

Oh, qué olor á rosas! E-
ras tú; desnuda, tú estabas
ante mí, como la luna
del día!

Dulces palabras
que van de una carne en flor
á una carne acariciada...
rota la música, sólo
latía la carne cálida.

Bajo las rosas, el libro
abría su triste página;
el cielo estaba violeta,
la página estaba malva...

VI

Tu cuerpo desnudo, estaba
entre las mojadas lilas;
gotas había en tus pechos
crudos y azules, Francina.

Esponjándose, estirando
las alas, se sacudían
los pájaros; de las ramas
el cielo, en perlas, caía.

Y sobre la arena fresca
y dura de la avenida,
pura, de plata, de oro,
la brisa vaga venía...

Gotas había en tus hombros
mates y azules, Francina;
andabas toda desnuda...
Venus en ti sonreía...

Qué paz! Lejanos cristales,
en las torres vespertinas,
desgranaban sus cascadas
de inefables pedrerías,

cascadas que eran de rosa,
de iris, de seda, de liras,
sobre el sueño de las cúpulas
iluminadas y líricas...

La fronda estaba delante,
en sombra, verde, pacífica;
gotas había en tus brazos
suaves y azules, Francina...

Y tus ojos encantados,
allá en su fondo tenían
todo el frescor del ocaso
primavera!...

Cómo olía
á lilas nuevas y á ti!
en la tarde estremecida
eras más blanca que tú,
y más pura que la brisa.

Gotas había en tus muslos
blandos y azules, Francina;
de nardo con nieve eras
entre las mojadas lilas...

VII

Cuando la suave primavera
va vistiendo de brotes verdes
el jardín, y un rosa divino
flota en el oro del ambiente;

Francina, desnuda y fragante,
á mis ensueños tristes viene,
los rizos en los ojos claros,
la boca entreabierta y alegre...

Es un amor tan silencioso,
que, al pasar ella, no se mueve
un pensamiento del camino;
—su pie es de bruma sobre el césped...—

Y mi nostalgia se ilumina
de todo lo que fué y no vuelve,
de aquellas equívocas tardes
primaverales de septiembre!

Un gorjear de dulces pájaros,
una charla rota de fuente,
un olor de lilas en flor
sobre un verdesol de laureles,

tornan á mi corazón mustio
como una pérdida indeleble...
y mi nostalgia se ilumina
de todo lo que fué y no vuelve...

Jardín, palacio de ilusión
de mis viejos ensueños; eres,
en el fondo de mi memoria,
un mausoleo con cipreses...

MARINAS DE ENSUEÑO

A

R. CANSINOS-ASSENS

SONRIENTE ENDULZADOR DE LO COTIDIANO

I

Recuerdo de Cervantes.

(La española inglesa.)

El puerto estaba lleno de gentes. Y el navío,
como una aparición de nuevas primaveras,
subía lentamente por el cristal del río,
alegre y triste de canciones y banderas.

Regocijados y altos clarines de fortuna,
roncas trompetas, daban guerreras aureolas
á un estandarte azul que plateaba la luna
y á un pendón largo y negro que besaba las olas.

Lejos, entre la niebla, mecíanse en bonanza
las perlas y diamantes del mágico tesoro,
mientras entraba, abierto de orgullo y de esperanza,
Marte galán, vestido de hierro, sangre y oro.

II

Bahía-triste.

Barcos, no se veían... Sólo los farolillos
colorados, morados, amarillos, ornaban
las jarcias invisibles, con soles amarillos,
morados, colorados, que las aguas doblaban...

Ya las fiestas habían deshojado sus flores,
y un gran silencio limpio, contenido, se oía...
—sólo los dulces farolillos de colores
velaban la nostalgia negra de la bahía...

El luto duro y refrescante de la hora
hablaba á la ilusión de un imprevisto ambiente,
que el amargo trastorno sediento de la aurora
fijó luego, en un lado y en otro, tristemente...

III

Viñeta antigua.

(Museo de las familias.)

Un sol redondo, vanamente descolorido,
abre, tras una nube, su abanico de rayos;
el oleaje es suave, estival, contenido,
la hora tiene resonancias y desmayos...

Inundado de oro, dormita el puerto viejo,
lleno de cuerdas, de barricas y de botas;
un bergantín anclado, de elástico reflejo,
enfila en sus bodegas verdes las gaviotas...

Viene un olor á siesta, á islas, á resaca...
la lama, cada vez más grande, amarillea...
en el fanal de un faro se abre una fiesta opaca...
hay nostalgia en la brisa, en el sol, en la brea...

IV

Naufragio

La lluvia lo hace todo gris... El viejo castillo
surge, en la mole enorme del peñón, vagamente...
la indefensa corbeta hunde el casco amarillo
en el plomo del mar que levanta el poniente...

Un gran aullido largo, inacabable, fiero,
plañe el viento marino, de no se sabe dónde...
como un vientre de bronce, bajo el roto aguacero,
el mónstruo turbio, elástico, del agua le responde.

Los pájaros marinos vuelan mal... El empuje convierte la impotencia en llanto reprimido... El fragor es inmenso... La boca que lo ruje apaga el llanto, el grito, la amenaza, el gemido...

V

Voit des galères d'or...

MALLARMÉ.

UNA galera de oro tornaba de ultramar,
hundida con el dulce peso de su tesoro;
el viento melancólico cantaba sobre el mar,
y el mar, bajo la cúpula flagrante, era de oro...

La tarde daba al mundo gracia de primavera,
y, en la confusión áurea del instante indolente,
eran un hervir lírico el agua, la galera,
el sol, los abanicos abiertos del poniente...

Seda, hierro, lebreles y trompetas, la corte,
entre jardines verdes, bajaba á las orillas...
En la ciudad, ya en sombra las murallas á norte,
soñaban extasiadas las torres amarillas...

VI

Marina gótica.

La ciudad de otro tiempo, que en la bruma dorada
por la luna, perdía sus torres fantasmales,
hacia un sur ideal daba, toda cerrada,
tristes brillos celestes y malvas de cristales...

Silencio... Bajo el puente de pilastras viscosas,
una aglomeración de antiguos bergantinos
evocaba, cerradas las bodegas verdosas,
el obscuro abandono de los viejos marinos...

En derredor, un luto elástico de olas
chocaba, blandamente, tablas y cadenas,
y, á la luz soñolienta de empañadas farolas,
las gaviotas dormían, en fila, en las entenas...

VII

Mar del sur.

En el sopor azul é hirviente de la siesta,
el jardín arde al sol; huele á rosas quemadas...
la mar mece, entre inmóviles guirnaldas de floresta,
una diamantería de olas soleadas.

Cúpulas amarillas encienden á lo lejos,
en la ciudad atlántica, veladas fantasías;
saltan, ríen, titilan momentáneos reflejos
de azulejos, de bronces y de cristalerías...

El agua abre sus frescos abanicos de plata
hasta el reposo verde de las calladas hojas,
y en el silencio solitario, una fragata,
blanca de velas, surge, entre las rocas rojas...

VIII

A veces, en mis sueños, rujen, como leones,
mares desmelenados de impetuosos cristales...
sobre ocasos de cobre, antiguos galeones
encienden en el sol que muere sus fanales.

Las luces son de sangre, de diamante, de plata,
largas nubes de plomo empujan el poniente,
y, ya encima la noche, un jardín escarlata
se derrama en el mar furioso, vagamente...

Son montañas las olas de rumor y pavores,
y en los valles del agua, untuosos y morados,
de vez en cuando, surgen, sobre un vidrio de flores,
los mástiles lejanos, negros y recortados...

IX

Las mariposas amarillas, transparentes
en el sol de la tarde, sobre el jazmín de oro
ponían el vagar de sus sombras dolientes...
el mar tenía irisaciones de tesoro.

Rodaban las nostalgias desde los miradores,
y, en las olas en que se desleía el ocaso,
se iban á lo infinito, por un agua de flores,
sendero musical del corazón de raso...

Oh, qué espectral tristeza! Soñaban los jardines
quemados; y en el aire cálido y contenido
fluía una imposible fragancia de jazmines
y un afán doloroso de ultramares de olvido...

X

Amarrado á un duro banco...

GÓNGORA.

NUBES blancas y estrellas. Mar de fondo. A lo lejos
brilla el faro; su llama morada y escarlata
se alarga bajo el viento, sin oro y sin reflejos,
sobre las olas negras, recamadas de plata.

El barco cruje... tiene su sombra un escondido
tumulto jadeante de hombres sin mujeres,
que sueñan, en sus cárceles de miseria y de olvido,
palacios alumbrados, fragantes de placeres...

Brama el poniente; chocan las tablas y las olas...
y á un són pesado y frío de trágicas cadenas,
se pierde, largamente, sobre las playas solas,
una canción nostálgica de odios y de penas...

XI

El cielo de tormenta, pesado y retumbante,
se rasga en el ocaso; un agudo cuchillo
de luz agria y equívoca, orna el medroso instante
de un extraño esplendor, delirante y amarillo.

Lo que hiere la luz, como un grito, se inflama;
carmín de oro es la playa de altas rocas;
las galeras se incendian, y una lívida llama
va por las olas negras, trágicamente locas...

El viento da, furioso, atormentado y hondo,
contra la irisación del día trastornado,
y, en una alegoría fantástica, en el fondo
de la tarde, persiste el sol falso y dorado ...

ESTAMPAS

Á

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO

CONSTANTE EN TODA LA JORNADA

I

ESTAMPA DE PRIMAVERA

Las rosas, bajo el cielo
azul, están desnudas;
hay, por las enramadas bulliciosas,
sombras de un verde pálido de gruta.

Mariposas nevadas
juegan sobre las urnas
del agua de oro y plata. Entre los mirtos,
las sendas se ván, húmedas.

El aire huele á tierra, á sangre, á sol,
y las hierbas ocultan,
llenas de alegres flores amarillas,
la tibieza de mármol de las tumbas.

II

ESTAMPA DE ESTIO

Sol hecho agua, el mar
dormita, como un viejo mónstruo...
Lejos, entre la bruma,
las costas son de ópalo.

Trae el viento marino olor á islas
verdes, visión del trópico,
con mujeres desnudas,
negras bajo el caobal agrio de loros...

Muere la tarde. El cielo
es de un cobre amarillo y suntuoso...
bandadas tristes van
hacia un jardin ilusionado y roto.

Hay una claridad de mundos áureos,
en lo infinito...
Rojo
de velas, un navío
se pierde en el oriente melancólico ..

III

ESTAMPA DE OTOÑO

VERDEORO el jardín,
el ocaso oro viejo,
amarillas las hojas secas que
en el agua podrida yacen... Lleno

de sol dorado el corazón sin nombre,
de oro el mirlo negro,
los ojos de Clotilde
y la dulzura albina de su sexo.

La tarde está inflamada
como un tesoro. Regio
es el ir indolente de la carne
y el girar extasiado de los sueños.

IV

ESTAMPA DE INVIERNO

Nieve.

Dónde se han escondido los colores
en este día blanco?
La fronda, negra; el agua, gris; el cielo
y la tierra, de un blanco y negro pálido;
y la ciudad doliente
una vieja agua-fuerte de romántico.

El que camina, negro;
negro el medroso pájaro

que atraviesa el jardín como una flecha...
hasta el silencio es duro y despintado.

La tarde cae. El cielo
no tiene ni un dulzor. En el ocaso,
un vago resplandor amarillento
que casi no lo es. Lejos, el campo
de cobre seco.
Y entra la noche, como
un entierro; enlutado
y triste todo, sin estrellas, blanca
y negra, como el día negro y blanco...

PERFUME Y NOSTALGIA

Á

VIRIATO DÍAZ-PÉREZ

POR UNA HOJA DE HIEDRA DE LA TUMBA DE MUSSET

Repetición de las mismas cosas? Sí. Una obsesión de felicidad. También el amor repite los besos hasta lo indecible, y cada uno tiene un encanto nuevo.

Fué una ilusión momentánea; y así como en otros amores largos, los años, los meses ó los días, señalan fechas, en aquél, tan corto, las marcaron los instantes. Por eso cada perfume lleva tras sí una nostálgica entrevisión de esperanza. La vida de una rosa no estará envuelta en infinidad de sentimientos?

Y cuando la dicha es pobre, aumenta lo pequeño, fija lo fugaz, para hacer un siglo de cada abrazo, una eternidad de cada suspiro!

J. R. J.

I

Al regreso,—te acuerdas?—el ocaso doliente
era rosa, y estaban desiertos los caminos;
lloraba un ruiseñor, y la luna naciente
encendía de oro el verdor de los pinos.

En el monte, muy lejos, vacilaba una hoguera,
nuestro amor, con la tarde, se ponía sangriento,
y, pisando las flores de la obscura pradera,
la campana del Ángelus nos llegaba en el viento...

Ah! mis manos buscaban, en la sombra dormida,
el encanto sin nombre de tu fina blancura,
y la noche venía, inundando la vida
del misterio profundo de su oliente frescura...

II

Cual una luz sin viento arderá nuestra vida,
serena, igual, constante y dulce como un río,
cuando, en la calma de una tarde embellecida,
se encuentren, por la senda, tu caminar y el mío.

Todo el dolor pasado se extinguirá en un punto,
lo mismo que el fulgor de aquel feliz ocaso,
y mi alma cobrará su antiguo encanto, junto
al encanto inefable de tus ojos de raso...

Ideal! y ornarás con tu vuelo divino
el idilio sin nombre de nuestros dos amores...
cantará con su canto la fuente del camino...
olerán con su olor las virginales flores...

III

Aquella gracia de las primeras caídas
de tardes otoñales! Llovía suavemente,
y el ocaso nublado encendía en sus idas
un rosa vago ó un amarillo vehemente...

Tu belleza cobraba un romántico encanto
—blancura mate y pálida y negro terciopelo—
entre el frívolo duelo de mi fingido llanto,
de las gasas del agua y del plomo del cielo.

Y venía la noche sin estrellas... Soñaba
la campana del Ángelus... Y, tocados de frío,
escondíamos, dulces, nuestro amor que empezaba,
en el oro indeciso de tu estrado sombrío!

IV

No quedarán, del día, más que colinas rosas...
nuestros dos corazones serán como de espuma,
en una idealidad de fugas vaporosas,
sutiles cual el campo perdido entre la bruma...

Las estrellas se irán abriendo, conmovidas,
en el cielo violeta, y nuestro pensamiento
las copiará, temblando, en las aguas dormidas
de los jardines de dolor del sentimiento...

Nada... Todo... La vida colgada de las flores...
los llantos repentinos... esa absurda tristeza
que pone la alegría de nocturnos colores
y empaña de nostalgia la voz y la belleza...

V

Solía ser en el estío... El viejo coche
se llevaba á los otros... y la tarde tranquila
se iba alejando por los prados de la noche,
á un murmullo de pinos y á una queja de esquila...

El coche aparecía, ladrado de lebreles,
á la vuelta fragante del camino de arena...
los ¡adiós! se perdían entre los cascabeles...
nos quedábamos solos en la hora serena...

Silencio, tú surgías de nosotros... Las manos,
más blancas que la luna, entibiaban su anhelo,
y, bajo los pinares, nuestros ojos cercanos
se ponían más grandes que la mar y que el cielo!

VI

Por el verdor con niebla de la dulzura agreste,
en aquel viejo banco del oculto sendero,
mientras tú te deleitas con una flor celeste,
yo leeré algún libro doliente y verdadero.

Será una soledad sin casas y sin hombres,
y, en la brisa fragante del pardo mediodía,
perdida ya la nada de nuestros pobres nombres,
vivirán, solamente, tu gracia y mi poesía.

La muerte no sabrá de nuestra dulce alma,
no traerá una sombra la arena del camino,
y tus ojos inmensos me ahogarán en su calma,
y mi voz te hablará con acento divino...

VII

Y eran una sola sombra larga...

J. A. Silva.

Ya se oían los gritos del pueblo; ya el lucero
se ocultaba, temblando, con la torre... Y nosotros,
que íbamos delante, en la cruz del sendero
nos sentábamos, tardos, á esperar á los otros...

Traía la marisma un rumor de resaca,
el monte era medroso, y fantasmal el pino,
y, redonda, de oro, como una rosa opaca,
asomaba la luna por detrás del molino...

Oh, qué instante de besos, de abrazos, de rubores,
de miradas de fuego negro!
Lenta, la luna
lo iluminaba todo —arenas, aguas, flores...
nuestras dos sombras largas se fundían en una...

VIII

Pasaremos la tarde cogiendo violetas
bajo el verde sombrío del naranjal en flores,
y, entre el frescor morado de las hojas secretas,
unirán nuestras manos sus opacos blancores.

Una fina llovizna te mojará el cabello
y yo pondré mi boca en el oro perlado,
y el paisaje de otoño se tornará tan bello
que nuestro corazón se quedará arrobado...

La soledad hará de tu pudor un muerto,
y el éxtasis recóndito de tus ojos perdidos
errará en un ocaso verdoso y entreabierto
sobre la inmensa paz de los campos llovidos...

IX

A la luna de oro, en un tropel, volvían
los rebaños; el agua dormida de la fuente
tenía en su cristal pájaros que gemían
y las tristezas amarillas del poniente.

Un grillo vacilaba, y las confusas flores
del blando prado ungían la brisa taciturna,
y, en la vereda, retardaban los amores
la dulce languidez de la vuelta nocturna...

Sueños adolescentes volaban de las cosas,
el mundo era romántico, las penas eran bellas,
y los pechos se abrían, con fragancia de rosas,
á la luz intranquila de las verdes estrellas...

X

Saldremos al jardín bajo la lluvia,—antojos!—,
habrá una gracia nueva por los frescos senderos,
y tú alzarás la frente y cerrarás los ojos
para que el agua mansa te llene de luceros.

El cariño será feliz entre las flores
mojadas, y, en un banco perdido en una senda,
yo te diré al oído madrigales de amores
y tú te dejarás poner la dulce venda...

La lluvia vendrá bien á tu mejilla ardiente.
y cuando todo caiga,—nuestro placer y el día—,
tus ojos insondables hundirán en poniente
el encanto sin nombre de su negra poesía.

XI

En coche.

Al regreso, las risas se fueron apagando...
tras los pinos, el cielo malva languidecía...
los ojos en la sombra, veníamos cuidando
alguna flor de amor, abierta por el día...

Los cascabeles repicaban su cansada
alegría de oro en la quietud fragante...
tenues nubes velaban la luna sonrosada,
los perros nos ladraban al pasar...

La anhelante
nostalgia de un placer apenas presentido
soñaba ante el ocaso de vagos fuegos rojos,
que ponía en las almas un dolor sin sentido
y otro ocaso de sangre en la paz de los ojos...

XII

Al fin, nos hallaremos. Las temblorosas manos
apretarán, suaves, la dicha conseguida,
por un sendero solo, muy lejos de los vanos
cuidados que ahora inquietan la fe de nuestra vida.

Las ramas de los sauces mojados y amarillos
nos rozarán las frentes; y, en la arena perlada,
verbenas llenas de agua, de cálices sencillos,
ornarán la indolente paz de nuestra pisada.

Mi brazo rodeará tu mimosa cintura,
tú dejarás caer en mi hombro tu cabeza,
y el ideal vendrá, entre la tarde pura,
á envolver nuestro amor en su eterna belleza!

FIN

209

ÍNDICE

ÍNDICE

PÁGS.

Dedicatoria á la Poesía 9

POEMAS MÁGICOS Y DOLIENTES

I Otoño 17
II La luna velada 19
III Jardín en el espejo 23
IV Languidez 25
V Parque viejo 27
VI Tarde clara 29
VII Primavera amarilla 31
VIII Hora de invierno andaluz 33
IX Mar de pascua 35
X Organillo 37
XI Campo de agosto 39
XII Sol de año nuevo 41
XIII Paisaje ideal 43
XIV Nostalgia 45
XV La flor fuerte 47
XVI Jardín confuso 49

PÁGS.

XVII Isla desierta..... 51
XVIII Las hojas secas..... 53
XIX Campo azul y amarillo..... 55
XX Jardín carnal..... 57
XXI Paisaje á lo Böcklin..... 59
XXII Luna de otoño..... 61
XXIII Ciudades de ilusión..... 63
XXIV Madrigal de ausencia..... 65

RUINAS

I Se sueña bien... La paz, en un hogar tranquilo.. 71
II Al claro azul del día le pongo luz de estrella.. 73
III Igual que un niño loco, entre rosales, canto..... 75
IV La primavera torna, amarilla de flores..... 77
V Toda la ruta vine llorando mi infortunio..... 79
VI Qué no tiene un tesoro de nostalgia, de vida..... 81
VII Yo solo soy culpable de todo este fracaso..... 83
VIII Tanta ilusión de tantas cosas, contenida..... 85
IX Impenetrable es tu frente, cual un muro!..... 87
X Las fuentes del jardín han dicho: primavera!.. 89
XI Sólo resta la muerte. Y el recuerdo no es nada!. 91
XII Todo el campo de abril entra por mi ventana..... 93
XIII Bienestar de ambrosía me regaló tu boca..... 95
XIV En la desolación de mi negra fortuna..... 97
XV Este puñado de oro que da la primavera..... 99
XVI Amor puro,—ojos grandes, voz de cristal divino— 101
XVII Qué caro me has costado, placer! Ah, quién pudiera 103
XVIII Ya, ni los libros, ni los rosales,... ni el alma.. 105

PÁGS.

XIX Qué invasión de tristeza! De dónde vienes, ay!.. 107
XX Cómo se ha derrumbado mi vida, poco á poco.... 109
XXI Tanto ladrido, tanta acritud, tanto cieno!..... 111
XXII Por la llanura inmensa, sin sombra ni agua, vamos. 113
XXIII De toda aquella mágica riqueza de ilusiones..... 115

FRANCINA EN EL JARDÍN

I Francina es blanca y dulce, como una rosa blanca. 121
II Con lilas llenas de agua..... 123
III Se reía frente al sol..... 125
IV Hoz de oro, la luna hirió el cielo violeta..... 127
V Bajo las rosas, el libro..... 129
VI Tu cuerpo desnudo, estaba..... 133
VII Cuando la suave primavera..... 137

MARINAS DE ENSUEÑO

I El puerto estaba lleno de gentes. Y el navío.... 145
II Barcos, no se veían... Sólo los farolillos..... 147
III Un sol redondo, vanamente descolorido..... 149
IV La lluvia lo hace todo gris... El viejo castillo.. 151
V Una galera de oro tornaba de ultramar..... 153
VI La ciudad de otro tiempo, que en la bruma dorada. 155
VII En el sopor azul é hirviente de la siesta..... 157
VIII A veces, en mis sueños rujen, como leones..... 159
IX Las mariposas amarillas, transparentes..... 161
X Nubes blancas y estrellas. Mar de fondo. A lo lejos 163
XI El cielo de tormenta, pesado y retumbante..... 165

ESTAMPAS

PÁGS.

I Estampa de primavera..... 171
II Estampa de estío..... 173
III Estampa de otoño..... 175
IV Estampa de invierno..... 177

PERFUME Y NOSTALGIA

I Al regreso,—te acuerdas?—el ocaso doliente... 185
II Cual una luz sin viento arderá nuestra vida..... 187
III Aquella gracia de las primeras caídas..... 189
IV No quedarán, del día, más que colinas rosas.... 191
V Solía ser en el estío... El viejo coche..... 193
VI Por el verdor con niebla de la dulzura agreste. 195
VII Ya se oían los gritos del pueblo; ya el lucero.. 197
VIII Pasaremos la tarde cogiendo violetas..... 199
IX A la luna de oro, en un tropel, volvían..... 201
X Saldremos al jardín bajo la lluvia, —antojos!—. 203
XI Al regreso, las risas se fueron apagando..... 205
XII Al fin, nos hallaremos. Las temblorosas manos.. 207

321110

Author Jiménez, Juan Ramón LS

Title Poemas mágicos y dolientes. J613p

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED